



Confianza como virtud y fe intelectual según Leonardo Polo

Trust as a virtue and intellectual faith according to Leonardo Polo

Juan Fernando Sellés Dauder  
Universidad de Navarra, Pamplona, España.

Francisco Javier Ormazabal Echeverría  
Universidad de Navarra, Pamplona, España.

Enviado: 09/02/2023

Evaluado: 11/04/2023

Aceptado: 23/05/2023

Editores: David Solís Nova

Resumen

En este trabajo se estudia la virtud de la confianza como requisito de la sociabilidad. Tras revisar, en síntesis y según L. Polo, cómo se ha estimado esta virtud en la historia de la filosofía, y tras examinar algunas manifestaciones del vicio opuesto de la desconfianza, se indica cuál es su índole, su raíz y sus consecuencias, distinguiéndola al final de la fe intelectual o *natural* que tiene como tema solo a Dios.

Palabras clave: *confianza, virtud, voluntad, L. Polo, fe intelectual.*

Summary

In this work the virtue of trust is studied as a requirement of sociability. After reviewing, in synthesis and according to L. Polo, how this virtue has been estimated in the history of philosophy, and after examining some manifestations of the opposite vice of mistrust, it is indicated what is its nature, its root and its consequences, distinguishing it by end of the intellectual or natural faith that has as its theme only God.

Key words: *trust, virtue, will, L. Polo, intellectual faith.*

1. Introducción

“Existe una virtud muy importante en la sociedad; es la fiabilidad o confianza. De lo contrario el sistema no funciona. La base natural de una sociedad civil es la confianza entre sus miembros” (Polo, 2015f, p. 428). Como se sabe, el cimiento de la sociedad es la familia, pero sin confianza entre sus miembros no hay familia. Lo segundo respecto de la familia en el plano de las manifestaciones humanas es la educación, la cual es problemática en todos sus niveles (primaria, secundaria y especialmente universitaria) sin la confianza entre docentes y discentes. Tras las familias y las instituciones de enseñanza, el tercer agente del cambio de la sociedad civil son las empresas, cuya viabilidad es incierta sin confianza entre quienes las conforman, y entre ellos y a quienes van dirigidos sus servicios. Dicho en positivo: una familia, una institución de enseñanza y una empresa lo son en la medida en que más confianza media entre sus miembros. De lo que precede hay que sentar, siguiendo *Política y sociedad*, que “la base de la sociabilidad es justamente la confianza. Hay tanta sociabilidad como confianza (...). La sociedad y la confianza no son posibles la una sin la otra (...). Pero si la confianza desaparece de la sociedad, también desaparece toda finalidad social hacia el futuro” (Polo, s.f b, p.278).

Con todo, a pesar del carácter neurálgico de esta virtud, en la historia de la filosofía no siempre ha sido bien encarada. Sintetizando, según L. Polo, el parecer de las diversas épocas cabe indicar que la filosofía se desarrolla cuando los que filosofan se fían de la realidad física, de su capacidad cognoscitiva, de los demás y del ser divino. En cambio, la filosofía recula cuando se duda de alguna de esas realidades o de todas ellas. En efecto, los primeros que filosofaron confiaron en que el cosmos está fundado, que es estable, que el fundamento asiste al hombre, que éste se puede corresponder noéticamente con él (Polo, 2018b, p. 323) y, derivadamente, que la sociedad puede estar consolidada. En cambio, los pensadores de la Grecia clásica no confiaron en lo que la modernidad ha puesto su seguridad, a saber, en el progreso técnico, sencillamente porque sabían que éste no contribuye necesariamente ni al perfeccionamiento del mundo ni del hombre: “la desconfianza griega ante el éxito práctico se debe a la clara percepción del desequilibrio que introduce en la vida. Por eso, la ética clásica es una ética de la armonía. La armonía no es el éxito, sino la mejor realización del hombre como conjunto de factores” (Polo, 2015j, p. 276). El motivo de fondo de esa concepción es que la productividad puede dar lugar a la crematística (Polo, 2017c, p. 207), y

ésta disipa la atención intelectual humana e impide el crecimiento en virtud. De modo que con ella el hombre pierde más, y de orden superior, que lo que gana.

Por su parte, con la llegada del cristianismo se siguió confiando en la solidez del cosmos, pero se confió mucho más en la capacidad cognoscitiva humana —también en la volitiva—, en los demás (Polo, 2015e, p. 214) y, sobre todo, en Dios (Polo, 2015k, p. 65). Esta mentalidad perduró a lo largo de la Edad Media. En cambio, “la Edad Moderna empezó con el intento de saber a qué atenerse, y siempre ha estado enredada en una tarea de aseguramiento, preocupada por un problema de desconfianza en los medios de realización de que disponemos” (Polo, 2018a, p. 297). Y, asimismo, de desconfianza social y entre las naciones. Aunque esa mentalidad nace, según el autor, en el s. XIV, de ordinario los manuales de historia de la filosofía ponen su punto de arranque en la filosofía cartesiana. Polo, que también ha reparado mucho en el talante del pensador francés, indica abiertamente que “la actitud cartesiana es la crisis de una confianza” (Polo, 2015g, p. 106). En lo conocido y en lo real.

Recuérdese que el método filosófico de Descartes es la duda, la cual no es ninguna operación cognoscitiva, sino volitiva, y que somete a sí tanto la realidad extramental como los objetos pensados, de modo que “la convicción ingenua y la confianza son removidas enérgicamente por la duda” (Polo, 2015b, p. 163). En efecto, este pensador sustituyó la intelección por la seguridad, es decir, la verdad objetiva por la certeza subjetiva, la hegemonía de la inteligencia por la de la voluntad, respaldada esta por el sujeto. Así, solo se fiará de las ‘ideas claras y distintas’ en la medida en que el sujeto diga sí a su claridad y distinción:

Descartes quiere una verdad de la que pueda estar enteramente cierto. La idea de la vigilia del espíritu es la pretensión de alcanzar una situación en que se somete a control todo aquello que comparece, o que tiene lugar en nosotros, de manera que no se nos escape nada. A esto también se le puede llamar *filosofía de la conciencia desconfiada*. El yo es el vigilante que guía la vida humana hacia la certeza y la libera de la situación desgraciada por excelencia —la inseguridad. (Polo, 2015a, p. 300).

La actitud de desconfianza fue la actitud más influyente que Descartes legó a los posteriores pensadores modernos. No obstante,

Es incorrecto someter la verdad a un criterio de certeza, pues no tiene sentido; es más, es su destrucción: una sustitución de ella por algo que no depende del pensar. Si se lleva a cabo esa sustitución, entonces la filosofía recorre caminos tremeundos,

aunque el pensamiento siempre esté atrás. Sin embargo, si se volviera a aceptar la verdad en vez de la certeza, se eliminaba toda esta confusión en que se incurre al invertir la prioridad del pensar por otras presuntas prioridades. Por creer que si no se está cierto no se puede uno fiar, de este modo se hace imposible la verdad. (Polo, 2015i, p. 190).

Es patente que la moderna filosofía británica no se entiende sino como discusión con la cartesiana y con la de los racionalistas posteriores, Spinoza y Leibniz. Pero lejos de ser tan contrapuesta a ella como parece, acepta el agnosticismo intelectual cartesiano de fondo, así como su criterio de certeza, a la que añade sus miedos voluntario-subjetivos sociales. Esto último aparece claro en el primero de sus protagonistas, pues, aunque trate sobre todo de filosofía política, la "visión absolutista del Estado que sostiene Hobbes se debe a su visión desconfiada del hombre: no hay tendencia a cooperar, eso debe ser impuesto" (Polo, 2015n, p. 126). Escepticismo y crítica a la razón los encontramos hasta un siglo después en Hume.

Tras la polémica entre racionalistas continentales y empiristas británicos, Kant quiso erigirse a sí mismo como árbitro en esa contienda filosófica. Pero el pensador de Königsberg también heredó el fondo voluntarista y agnóstico cartesiano y humano que le llevaron a su actitud crítica con la misma razón. Ahora bien, "si pasamos por el tamiz crítico de Kant (...) la verdad se enrarece. El yo no puede ser un personaje arbitrario, desconfiado y totalitario" (Polo, 2015a, p. 302). Como Kant, más que lograr la síntesis buscada entre esas posiciones enfrentadas, dejó demasiados flecos filosóficos sueltos, el gran idealista que le siguió, Hegel, quiso atar todos los cabos veritativos dentro de un sistema completo y cerrado a través de un método peculiar, la dialéctica, pero es claro que "fiarse de la dialéctica es un acto de fe que no es racional" (Polo, s.f c, p. 130), de modo que bajo el supuesto panlogismo hegeliano subyace un peculiar voluntarismo. Además, "es fácil darse cuenta de que sólo se acepta un sistema absoluto si no se tiene alegría, es decir, si no se cuenta con optimismo, con confianza en uno mismo" (Polo, 2019b, p. 227), a saber, la de llegar a saber más de lo que se ha llegado a saber en un determinado momento.

Como también es conocido, los pensadores posthegelianos, que vieron en Hegel el apogeo del racionalismo, tendieron a ser antihegelianos y, por ende, voluntaristas. Unos rechazaron su lógica dialéctica y se refugiaron en la ciencia positiva aliada con el cálculo matemático, pues "la ciencia moderna es, en última instancia, un sistema técnico de suscitar

preguntas surgido de la confianza en la matemática” (Polo, 2015c, p. 76). En efecto, “la conexión de la voluntad con el pensamiento formalizado es el voluntarismo *pragmatista*, característico de tantas corrientes del último tercio del siglo XIX y de la primera mitad del XX. Pero la actitud pragmática presupone una exaltación de la voluntad” (Polo, 2015m, p. 266). Sin embargo, “la ciencia no tiene hoy tanta confianza en sí misma como hace cien años” (Polo, 2015h, p. 25). Mayor exaltación de la voluntad le propinó la filosofía nietzscheana, pues “para Nietzsche el hombre confiado en la técnica es el último hombre, que no se atreve a mirar al ‘superhombre’” (Polo, 2015l, p. 130), es decir, el que se sabe ‘voluntad de poder’ y nada más. Con todo, otros pensadores posthegelianos —Kierkegaard, Marx, Freud—, siguieron la lógica hegeliana, si bien no su contenido, no siendo precisamente sus propuestas filosóficas —‘hermenéuticas de la sospecha’, las llamó Ricoeur— modelos de confianza.

Los que caracterizó al siglo XX en filosofía no solo fue la complejidad de escuelas y autores, sino también la problematicidad de su contenido, porque —salvo excepciones— partieron de la desconfianza en Dios y en el hombre. Lo primero se ve claro en muchos existencialistas, marxistas, analíticos, pragmatistas, psicoanalíticos, sociólogos, etc. Lo segundo, se ha patentizado no solo en sus libros, sino desgraciadamente en los dos conflictos bélicos que han implicado al mundo entero (Polo, 2015k, p. 30). ¿Y respecto del mundo? ¿Ha tenido el hombre confianza en él en la última centuria? Tampoco, porque tras maltratarlo (Polo, s.f a, p. 73), este se ha vuelto en su contra (problemas ecológicos, epidemias). Y, por si fuera poco, el cuadro precedente de tonalidades grises se ha ennegrecido a fines del s. XX con la llegada de la filosofía postmoderna, con la que asistimos “a un pesimismo, no ya producido por el desgarramiento romántico, sino como desconfianza en el ejercicio mismo del pensamiento filosófico” (Polo, 2015m, p. 264). El centro del devastador huracán postmoderno ha sido —como antes lo fue en las dos guerras mundiales— el viejo continente, pues:

En Europa se vive un ambiente escéptico de manera generalizada y la filosofía también está teñida de escepticismo: no es que la gente desconfíe de ella, sino que ella desconfía de la verdad. Esto se puede tomar como una cierta especie de pesimismo y una falta de confianza en la propia capacidad de pensar. (Polo, 2017a, p. 232)

De modo que restablecer la filosofía en dicho escenario y en nuestra altura histórica equivale prácticamente a ser inconforme con lo generalmente establecido y aceptado como políticamente correcto.

2. El vicio de la desconfianza

Como acabamos de ver, se puede desconfiar del mundo, de uno mismo, de Dios, y también de los demás. El que desconfía del mundo, lo trata mal para satisfacer con él sus alteradas necesidades. El que desconfía de sí, corta las alas de su conocer, y encapota su querer virtuoso. El que desconfía de Dios va perdiendo su sentido personal, porque este solo está en manos del creador; por tanto, pierde su radical libertad. Y el que desconfía de los demás no aporta, porque "entonces los demás son puros competidores, puros ladrones potenciales de mi éxito. Eso es un pesimismo tremendo acerca del prójimo, hasta el punto de que el otro hombre es un enemigo, *inimicus*. Pesimismo, desconfianza. El pesimista es desconfiado" (Polo, 2015f, p. 263).

Ver a los demás exclusivamente como antagonistas lleva al miedo y a la mentira, pero

El miedo y la mentira rompen la vida social, es decir, aíslan a los seres humanos. El miedo y la mentira hacen absolutamente imposible la confianza. ¿Cómo puedo fiarme de alguien si yo miento y él miente? ¿Cómo puedo confiar en alguien si yo tengo miedo y él tiene miedo? ¿Cómo puede confiar en nadie un miedoso craso y un mentiroso integral? No puede: se aísla. (Polo, 2019a, p. 387)

A esto cabría alegar que, si uno miente a lo extraños, a los contendientes, se puede 'bunkerizar' confiadamente en los suyos, pero no es así, porque "no puedo pretender mentir a otros y conservar la confianza de mis colaboradores. La mentira destruye la organización, porque la organización se basa en la comunicación y la mentira la anula" (Polo, 2019a, p. 387). El que miente se convierte en una isla para los demás, sencillamente porque "es razonable desconfiar del mentiroso (...). El mentiroso no merece confianza y además la destruye" (Polo, 2019a, p. 388).

La falta de confianza puede manifestarse bien en el exceso de formalidad en el trato (Polo, 2015d, p. 170), bien, por defecto, en un burdo e inseguro comportamiento (Polo, 2019a, p. 435). Las acciones y las palabras son relevantes, aunque en la actualidad no se les dé tanta

importancia como antaño (Polo, 2019a, p. 392). Pero no es solo cuestión de formas, de buenas maneras, propias del lenguaje corporal, ni tampoco de buenas palabras, distintivas del lenguaje convencional, sino sobre todo de obras.

Si la gente hace chanchullos, no cumple sus pactos y no es fiel a su palabra, ¿quién se fía de ellos? La confianza se rompe. La verdad es un ingrediente central de las convicciones sociales. Sin confianza en los demás el reconocimiento de la dignidad humana es imposible: el hombre se transforma en un lobo para el hombre, o en un ser pequeñito que no hace más que engañar. Se cae en un pesimismo antropológico. (Polo, 2015f, p. 440)

Aquí se ve claro, por contraste, el engarce de la virtud de la confianza con otras como la sencillez, la sinceridad, la laboriosidad.

Como se puede apreciar, la solución al grave problema de la desconfianza en la vida familiar, educativa, empresarial y, por consiguiente, en la social, más que en una cuestión de técnicas instrumentales, de habilidades psicológicas, o de recurrir a lo que socialmente se estiman 'valores', está en un tema tan clásico como intrínsecamente humano, en la virtud de la confianza, pieza clave de la ética que es manifestación de la antropología de la intimidad:

El problema va a parar como siempre al hombre: ¿se puede confiar en el hombre? ¿Se puede decir que el hombre tiene suficiente dignidad para encargarse de intereses que le trascienden en cuanto mero individuo, en cuanto puro centro que reclama satisfacciones a necesidades, o no? (Polo, s.f b, p. 318)

Pero si se teme o recela de los demás hombres, uno prescinde del destinatario de sus trabajos y, a la par, se olvida que quien le ha encargado su peculiarísima tarea. Como se podrá adivinar, el virus que infecta la coexistencia social es un parásito que nace en la intimidad humana. Quien padece esta enfermedad tiende a sembrar sospechas respecto de los demás, táctica netamente diabólica.

¿Qué sucede cuando la virtud de la confianza no se cuida a nivel familiar, educativo, empresarial? Pues que, como las familias, las instituciones educativas y las empresas constituyen los tres agentes del cambio de la sociedad civil, lo que a nivel social resulta de la acción humana desconfiada no es sociedad sino individualismo. Y "¿qué pasa cuando no se confía en nadie? Se desencadena un vértigo en espiral que succiona la organización social y la hace trizas. Si nadie se fía de nadie, todo el mundo defrauda" (Polo, 2015n, p. 114). De ahí

surge en unos países la inflación estructural; en otros, la crisis financiera; en algunos, la demagogia; en otros, la tiranía (Polo, 2017b, p. 145); en muchos, el subdesarrollo, etc. Como se puede colegir, en ninguno de esos casos se tienen modelos éticos de liderazgo. Sin cooperación pierden todos; ni siquiera hay suma cero, sino suma negativa. Es obvio que en esa tesitura no puede comparecer el bien común: "suelo decir que el subdesarrollo no es una consecuencia de la ineptitud; el subdesarrollo es la consecuencia (...) de que la gente no se fía de nadie" (Polo, 2018b, p. 165).

En el plano humano hay diversos ámbitos de desconfianza: en uno mismo, en la familia, en la educación, en la empresa y en la sociedad. En cada quién,

La persona demasiado pendiente de la aprobación pública desconfía de su propia intimidad. El que vive exclusivamente desde el prestigio social llamando la atención y solo se siente alguien en sus roles desconfía de sí, es decir, no sabe lo que es la intimidad. (Polo, 2017b, p. 49)

Y esa es la peor pérdida, porque no existe realidad creada superior a la intimidad personal, merma distintiva de nuestro tiempo, en el que la gente vive volcada hacia fuera olvidándose de su radicalidad.

Tras ella la desconfianza más perjudicial es la existente en el seno familiar, la que media entre esposos y entre padres e hijos. Especial relevancia tiene la falta de educación confiada de los hijos desde pequeños (Polo, 2019b, p. 228), porque éstos son los que vivirán recelosamente con los demás el día de mañana. Pero para que los hijos tengan confianza, los padres tienen que valorarlos, pues

Los hijos son tanto más felices cuanto más seguros se sienten de ellos mismos, lo que exige formarlos en la confianza de su propio valer: ser respetados y confirmados en la verdad de su ser por aquellos que son su origen. Los hijos son felices si no se ven clausurados en el hermetismo que produce la desconfianza. (Polo, 2019a, p. 476)

Si en la familia no media la confianza, no cabe amistad, que es la superior de las virtudes (Polo, 2019b, p. 276), y la que hay que tomar también como objetivo en las relaciones educativas a todo nivel, asimismo en las empresariales, pues al igual que sin confianza los hijos no maduran, sin ella tampoco se saca el mejor partido de cada quién en los otros ámbitos. Así,

La incomunicación y la falta de confianza arruina a la empresa. O el empresario sabe realizar una síntesis unitaria o fracasa como tal. Para trabajar en equipo hay que compartir la información, saber colaborar y fiarse de los demás. Es decir, es necesario establecer un sistema de cooperación, para que la empresa funcione. (Polo, 2017b, p. 34)

De no fomentar la confianza en las instituciones intermedias, en las que tanto tiempo de trato mutuo se da entre quienes las integran, la confianza social se torna endeble o desaparece: "se destruye la confianza y nadie se fía de nadie. Todos son competidores, y no respecto del mercado, sino respecto del poder que es bastante más grave. Al destruir la confianza, se despliega la desinformación puesto que la información es clave para obtener más poder" (Polo, 2017b, p. 32). Y en un escenario público de desconfianza generalizada,

¿Cómo fiarse de alguien y cómo entregar la dirección de la vida a otros, por ejemplo, en sentido político, si no son fiables? (Así se pasa a) la eliminación completa de la noción de virtud porque se cree que las cosas salen por la eficacia pura del plan. Pero eso es una sustitución de lo ético. (Polo, 2015f, p. 441)

Y sin ética no cabe sociedad, porque es el único vínculo posible de cohesión social. Efecto de la desconfianza social es, por ejemplo, la proliferación de la burocracia, y es claro que ésta afecta cada vez más incluso a las instituciones privadas (Polo, 2015f, p. 188), pues si se pretende asegurar comportamientos mediante informes es señal clara de déficit organizacional (Polo, s.f b, p. 279). Tales impresos son garantías de lo que se persigue cuando se olvida la virtud, a saber, resultados materiales (Polo, 2015f, p. 264). En fin, confiar en los demás comporta riesgo (Polo, 2015i, p. 72), pero éste es inherente a la vida humana. No asumirlo es negar nuestra condición (Polo, 2018d, p. 132).

3. La confianza como virtud

"Sin confianza no hay cohesión social" (Polo, 2019a, p. 387). Esta afirmación se puede tomar como síntesis conclusiva del apartado anterior. Y es que, como toda virtud, la confianza tiene una dimensión social. Por eso está vinculada a otras que son netamente sociales: "además de la justicia y de la confianza debe darse en una sociedad la veracidad. Estas virtudes realmente van interrelacionadas. El que no es veraz no puede ser justo, y sin justicia y sin veracidad no puede haber confianza" (Polo, 2015f, p. 428). Pero la confianza es superior

a la veracidad y a la justicia, porque hay quien se fía de la veracidad y de la justicia y hay quien no; por tanto, la confianza es un añadido a ellas. Por eso, es más próxima que aquellas a la amistad: “en los buenos se da la confianza mutua y la imposibilidad de agraviarse, y los demás requisitos de la verdadera amistad” (Polo, 2015a, p. 470). Es inferior a la amistad, porque es su requisito, pero están muy vinculadas (Polo, 2015k, p. 78).

La verosimilitud es el objeto propio de la razón práctica, que permite desarrollar esta potencia según hábitos adquiridos como la prudencia. La verdad es el objeto de la razón teórica, la que permite que esta vía operativa de la razón crezca con hábitos adquiridos como el de ciencia. Sin embargo, hay virtudes de la voluntad que son superiores a la prudencia y a la ciencia. De ese estilo son la justicia y la amistad, sencillamente porque su referente son personas, las cuales son realidades superiores a las que se refieren la prudencia y la ciencia. Pues bien, si la confianza es superior a la justicia y requisito de la amistad, también es superior a la prudencia y a la ciencia. De ahí que quepa sostener que, también en el plano humano — sin el refuerzo sobrenatural—,

La creencia con frecuencia resulta más rica desde el punto de vista humano que la simple evidencia, porque incluye una relación interpersonal y pone en juego no sólo las posibilidades cognoscitivas, sino también la capacidad más radical de confiar en otras personas, entrando así en una relación más estable e íntima con ellas. (Polo, 2015e, p. 74)

Con todo, hay casos en los que la verdad y la persona coinciden: es la verdad que da sentido a nuestra vida (Polo, 2015e, p. 73), la cual está, sobre todo, en manos divinas.

La confianza —como la veracidad, la justicia y la amistad— comporta comunicación: “hábitos muy importantes, como la veracidad, la confianza mutua y la amistad están vinculados a la comunicación” (Polo, 2015m, p. 377), pues “toda relación humana se basa en la confianza” (Polo, 2015f, p. 428). En efecto, “las condiciones para que una actividad humana marche adelante es la confianza entre las personas. Lo que se suele llamar el trabajo en grupo, la división del trabajo y la coordinación de los distintos agentes es imposible sin ella; por tanto, la resultante es la ineficacia” (Polo, 2019a, p. 343). Como es manifiesto, lo que caracteriza hoy a la ‘sociedad’ occidental es el individualismo. Por tanto, hay que sentar que “nuestra capacidad de coordinación con los demás, de confianza en los demás es baja” (Polo, s.f , p. 279). En esa tesitura la capacidad de ayudar a los demás y de aceptar su ayuda es

escasa. Confiar en los demás no comporta ser absorbente, sino dar juego, no pasar factura de nuestros favores, sino ser acogedor sin resaltar. Esto no equivale a que no haya que corregir actuaciones desviadas, pues eso significaría que no apreciamos a los otros, lo cual es compatible con exigir más a los que más entienden y mitigar la corrección o exigencia a los que les falta comprensión.

A la par, “el confiar es base de la esperanza, es decir, de la actitud ante el futuro como sede de las metas a alcanzar sin impacencias, tensándose hacia ellas” (Polo, 2017b, p. 159). No se trata de la fe y de la esperanza sobrenaturales, sino de las virtudes adquiridas en la voluntad del mismo hombre. También en este plano meramente natural sin confianza no cabe esperanza del logro de metas humanas (Polo, 2017a, p. 61). Obviamente, si tales metas son grandes ideales y de largo alcance, su logro no se improvisa, por lo que hay que preparar a las personas de cara a ellas con una permanente y sólida formación (Polo, 2019b, pp. 289-290). Los grandes ideales se trazan convirtiendo “en medios el máximo número posible de fines; porque, de esta manera, nos abrimos a fines más altos, y aumentamos la capacidad de fines. Pero esto solo se logra en un régimen de confianza recíproca” (Polo, 2015f, p. 371).

Vivir confiado en uno mismo y en los demás se traduce en optimismo, un sentimiento que es el poso, la consecuencia o redundancia de esa actitud. Por el contrario, como ya se ha adelantado, el pesimismo deriva de la desconfianza propia y mutua. De modo que:

Confiar en uno mismo se traduce en optimismo. Se debe fortalecer desde la infancia esa tendencia humana, porque si se la contradice, el hombre se atemoriza. La consecuencia de ese temor es el lamento, la falta de colaboración, el no sentirse capaz de resolver los problemas y, por lo tanto, el tender al intervencionismo del Estado. (Polo, 2019b, p. 229)

4. La fe natural a Dios

Pasemos ahora a tratar de una confianza natural humana que es superior a la virtud adquirida de la voluntad antes referida: la fe natural en Dios. No se trata del don sobrenatural de la fe, como de ordinario se ha entendido y se suele entender, sino del conocer *natural* humano superior, el cual tiene como tema a Dios, tema que por ser tan alto respecto de dicho conocer, a éste se le puede considerar más búsqueda que esclarecimiento, y como buscar es propio de la fe, cabe designarlo como fe natural. Tal conocer íntimo y transparente es

originario en todo ser humano, solo que con el paso del tiempo muchos acaban opacándolo.

Por tanto,

La fe racional no es fruto de la Revelación, sino la actividad superior del entendimiento humano. No es opinión, sino saber atrevido, que va más allá de lo que se sabe según presencia; una confianza en la verdad, un saber valiente en la medida en que se sobrepasa a sí mismo. (Polo, 2015e, p. 72)

En el epígrafe anterior se ha descrito la virtud adquirida de la confianza propia de la voluntad. Tal confianza versa sobre las propias capacidades o sobre otras personas. Y unas y otras son patentes ante nuestra mirada. Pero el tema de la fe intelectual, la cual es de nivel personal, le sobrepasa. Por tanto,

La fe intelectual no es principalmente confianza (...). Es fe porque no es un conocimiento objetivo o determinado, pero no por ello deja de ser saber lúcido hasta el punto de que le basta su lucidez y no requiere demostración lógica o comprobación externa; pero esa lucidez no le basta, y busca más luz. (Polo, 2015e, p. 73)

Que esa fe intelectual sea *personal* indica que no es propia de la 'razón' (tampoco de los hábitos innatos superiores a ella), sino del 'acto de ser' personal humano, el cual es luz cognoscente y raíz de los demás niveles humanos de conocer. El acto de ser personal es conocer, a la par amar y libertad. Es, por tanto, co-acto. Por tanto, cabe decir que "el entender es continuación del ser, que en su culminación personal es co-acto (...). Se vislumbra que el entendimiento humano culmina en un acto de fe, que se puede llamar *fe intelectual*, según la cual se abre en búsqueda inagotable como luz transparente" (Polo, 2015e, p. 71).

Tal conocer personal se llama fe intelectual, pero como es común llamar 'razón' al conocer que no es sobrenatural, se le puede denominar 'fe racional' (Polo, 2015e, p. 71), a sabiendas que no se trata de ningún conocer adquirido de la potencia de la razón, sino del conocer nativo que caracteriza al acto de ser personal. Tal

Fe tiene que ver con el futuro, pero no con un futuro temporal, sino con el futuro inagotable e inabarcable de la actividad transparente. Entender la verdad como futuro inagotable o destino, marca la dirección de la fe intelectual que, por ello, es también transcendentamente libre. (Polo, 2015e, p. 72)

Lo que precede indica que, si tal conocer es personal, su tema no puede ser sino personal, pero como la persona humana trasciende el tiempo físico, su tema personal futuro es posthistórico, lo cual señala que para la persona humana la vida presente no es la definitiva.

En suma, la fe personal es el saber lúcido, más que objetivable o lógicamente demostrable, de la índole irrestricta de nuestra intelección. Estamos incluidos atópicamente en la máxima amplitud; en Dios nos movemos y existimos y, en consonancia con ello, conocemos la índole inmortal del espíritu humano. Todos esos conocimientos tienen que ver con el futuro, y en este sentido son inagotables (...). El descubrimiento de que siempre podemos rebasar cualquier límite cognoscitivo permite alcanzar la intelección personal como búsqueda de Dios (...). Es claro que la intelección es incompatible con cualquier fondo de saco. Por tanto, lo que llamo *fe intelectual* no consiste en no entender, sino en entender que no se entiende acabadamente, o que no se acaba de entender. El saber implícito en la fe intelectual no es una paralización de la intelección, sino una ilimitada consecución de asuntos entendidos superables. (Polo, 2015e, p. 72)

Lo cual denota que tal fe es constitutivamente creciente, a menos que la persona humana le dé libremente la espalda a su tema o destinatario.

Dicha fe atrevida y valiente alcanza en sus más altos desarrollos la existencia de lo absolutamente trascendente que nos acoge en su ámbito y nos llama como nuestro destino. Ahora bien, si Dios nos supera tan radicalmente, no puede ser menos que nosotros, y si nosotros podemos manifestarnos y comunicarnos, Dios también; más aún, si el hombre puede buscar a Dios, cuánto más Dios podrá salir al encuentro del hombre y comunicarse con él, si quiere. La fe intelectual tiene que admitir la posibilidad real, no simplemente hipotética, de que lo trascendente puede ponerse en contacto con nosotros, así como guiarnos en su búsqueda (...). Esta búsqueda no acaba en tanto que la profundización en el rostro de Dios es inacabable. (Polo, 2015e, p.73)

Pues bien, es precisamente esa fe natural ínsita en la intimidad personal humana (y no en la razón) la que es elevada por la fe sobrenatural, don divino añadido que tiene por objeto al mismo Dios, pero no lo mismo de Dios que conoce la fe intelectual, sino lo que Dios ha

manifestado en la Revelación, temática que es absolutamente inalcanzable por la fe intelectual.

5. Conclusiones

En suma, si la confianza como virtud es, sobre todo, respecto de las demás personas humanas, la fe intelectual es búsqueda del Dios personal (Polo, 2015e, p. 74). Por tanto, en el hombre se dan, además de la virtud de la confianza, dos tipos de fe, la personal natural y la personal sobrenatural. La afinidad entre estas dos reside en el 'sujeto', la persona, no en algo de ella, y en el 'objeto', el ser personal divino. Pero se distinguen en que la fe intelectual es natural y el don de la fe es sobrenatural (Polo, 2015e, p. 77), a la par que lo que de Dios que se conoce por el don de la fe es lo inasequible de él por la fe intelectual. Con todo, "la fe intelectual es requerida por la fe en la revelación, pues si no se cree 'racionalmente' en Dios, no puede aceptarse su palabra, pues es claro que es una pretendida verdad revelada que fuera contradictoria para nuestra comprensión, no sería aceptable" (Polo, 2015e, p. 74). ¿Por qué no se acepta o incluso se pierde la fe sobrenatural? Sencillamente porque no se ejerce la fe intelectual personal. Pero como tal fe es constitutiva del acto de ser personal, en ese caso hay que hablar de progresiva despersonalización. Y a la inversa: para los que ejercen la búsqueda que es la fe personal, van llegando a ser cada vez más la persona que están llamados a ser.

6. Referencias

- Polo, L. (2015a). *Antropología trascendental II*. En Obras Completas, Serie A, vol. XV. Eunsa.
- Polo, L. (2015b). *Curso de teoría del conocimiento*. En Obras Completas, Serie A, vol. VI. Eunsa.
- Polo, L. (2015c). *El acceso al ser*. En Obras Completas, Serie A, vol. II. Eunsa.
- Polo, L. (2015d). *El conocimiento del universo físico*. En Obras Completas, Serie A, vol. XX. Eunsa.
- Polo, L. (2015e). *Epistemología, creación y divinidad*. En Obras Completas, Serie A, vol. XXVII. Eunsa.
- Polo, L. (2015f). *Filosofía y economía*. En Obras Completas, Serie A, vol. XXV. Eunsa.

- Polo, L. (2015g). *Evidencia y realidad en Descartes*. En Obras Completas, Serie A, vol. I. Eunsa.
- Polo, L. (2015h). *Introducción a la filosofía*. En Obras Completas, Serie A, vol. XII. Eunsa.
- Polo, L. (2015i). *La esencia del hombre*. En Obras Completas, Serie A, vol. XXIII. Eunsa.
- Polo, L. (2015j). *La originalidad de la concepción cristiana de la existencia*. En Obras Completas, Serie A, vol. XIII. Eunsa.
- Polo, L. (2015k). *La persona humana y su crecimiento*. En Obras Completas, Serie A, vol. XIII. Eunsa.
- Polo, L. (2015l). *Nominalismo, idealismo y realismo*. En Obras Completas, Serie A, vol. XIV. Eunsa.
- Polo, L. (2015m). *Presente y futuro del hombre*. En Obras Completas, Serie A, vol. X. Eunsa.
- Polo, L. (2015n). *Quién es el hombre*. En Obras Completas, Serie A, vol. X. Eunsa.
- Polo, L. (2017a). *Escritos Menores (1951-1990)*. En Obras Completas, Serie A, vol. IX. Eunsa.
- Polo, L. (2017b). *Escritos Menores (1991-2000)*. En Obras Completas, Serie A, vol. XVI.
- Polo, L. (2017c). *Persona y libertad*. En Obras Completas, Serie A, vol. XIX. Eunsa.
- Polo, L. (2018a). *Curso de psicología general*. En Obras Completas, Serie A, vol. XXI. Eunsa.
- Polo, L. (2018b). *Ética: hacia una versión moderna de los temas clásicos*. En Obras Completas, Serie A, vol. XI. Eunsa.
- Polo, L. (2018c). *Hegel y el posthegelianismo*. En Obras Completas, Serie A, vol. VIII. Eunsa.
- Polo, L. (2018d). *Lecciones de ética*. En Obras Completas, Serie A, vol. XI. Eunsa.
- Polo, L. (2019a). *Antropología de la acción directiva*. En Obras Completas, Serie A, vol. XVIII. Eunsa.
- Polo, L. (2019b). *Ayudar a crecer*. En Obras Completas, Serie A, vol. XVIII. Eunsa.
- Polo, L. (s.f a). *Antropología y ética*. Eunsa.
- Polo, L. (s.f b). *Política y sociedad*. Eunsa.
- Polo, L. (s.f c). *Teología y otros escritos*. Eunsa.